

Naturalmente, el hombre aceptó. Dejó correr la voz en los lugares adecuados y los clientes no tardaron en afluir. Volver a trabajar, tras un período de retiro forzoso, no sólo le sentó bien, sino que contribuyó a solventar muchas de sus necesidades. Incluso, desaparecieron aquellos escrúpulos de conciencia que siempre la habían torturado. Lo bueno de la guerra es que con ella se olvidan otros muchos problemas y prioridades, pues nadie puede angustiarse por más de un motivo al mismo tiempo. Al principio, intentó recibir a sus clientes a la luz del día, pero pronto se dio cuenta de que eso no era rentable ni seguro. Era mejor hacerlo por la noche, a pesar del toque de queda y de las otras incomodidades. A su madre, bastó con decirle que estaba trabajando de voluntaria en un hospital.

Con el tiempo, sus salidas nocturnas llegaron a convertirse en un aliciente. De hecho, el mejor momento del día solía ser ese paréntesis entre su llegada a la casa y la aparición del primer cliente. Allí tenía tiempo y ocasión para pensar y poner al día sus recuerdos. Después de todo, no era tan distinto a aquella época en la que se escapaba de casa para refugiarse en un pajar que había a las afueras del pueblo o espiaba a su hermano Alberto, que siempre andaba metido en líos y que, con frecuencia, le pedía que lo sacara de algún apuro.

– Rocío, ¿estás ahí? –susurró alguien desde la entrada.

Estaba tan abstraída que no lo había oído llegar. «Rocío» era su nombre de guerra, pero no terminaba de acostumbrarse. Por fin, contestó:

– Estoy aquí. Déjame que te alumbre.

Enseguida lo reconoció. Era un hombre alto y fornido, de unos cuarenta años, con el que se había acostado varias veces en su casa.

– ¿Me acompañas? –le pidió él, dirigiéndose de nuevo a la calle.

Durante el trayecto, no se dijeron nada. Ella caminaba unos pasos detrás de él, bien pegada a la pared, para evitar que pudie-

ran verla. Él parecía más asustado todavía, pues no hacía más que mirar a uno y otro lado. Caminaba deprisa, sin hacer ruido, con la mano derecha siempre metida en el bolsillo de la chaqueta. Por fin, se detuvieron ante un edificio de tres plantas que, visto desde fuera, daba la impresión de estar abandonado. De hecho, allí no vivía nadie, salvo él. En cierta ocasión, el hombre le había dicho que su mujer y sus hijos estaban fuera, en zona nacional, pues la guerra los había sorprendido en plenas vacaciones. Emilia había fantaseado alguna vez con la idea de quedarse a vivir en esa casa donde todo estaba hecho de materiales nobles y macizos, a prueba de guerras. Pero enseguida se arrepentía de haberlo pensado. Cuando llegaron a la tercera planta, el hombre se apresuró a abrir la puerta. Un pequeño rectángulo de un color más claro que el resto indicaba que no hacía mucho allí había habido una placa. La entrada daba directamente a un pasillo lleno de puertas. En un extremo, estaba lo que podría ser el salón; en el otro, el dormitorio principal, que era la única pieza que ella conocía.

– ¿Te gusta el champán? –le preguntó él–. He encontrado, por casualidad, una botella en la despensa, debajo de unas cajas.

– No lo he probado nunca.

– Pues esta es una noche tan buena como cualquier otra para hacerlo. Puedes ir desnudándote en la habitación, mientras voy a buscarlo.

El dormitorio era amplio y estaba bien amueblado. Lo que más le había llamado la atención, en su primera visita, era el armario, realmente inmenso y con las puertas cubiertas de espejos. Desde el ángulo en el que ahora se encontraba, se veía reflejada la cama y una coqueta de principios de siglo. Camuflada por las líneas del empapelado de la pared y oculta a medias tras un biombo, descubrió, de pronto, una puerta que nunca había observado y que en ese momento estaba entornada. Siempre le habían fascinado los pasadizos escondidos y las habitaciones secretas; de modo que no pudo reprimir la curiosidad. Abrió del todo la puerta y entró. Al otro lado, había una especie de trastero, lleno de libros, archivadores y muebles viejos. En el suelo, debajo de un escritorio, se amontonaban varios diplomas enmarcados, todos con el mismo

nombre, algunos cuadros y unas cuantas fotos de familia; en una de ellas, estaba él, unos años más joven, con la camisa de Falange. En un rincón, junto a una pila de periódicos, se topó con un montón de octavillas que aún olían a tinta fresca. Cogió una de ellas y empezó a leer: *A todos los ciudadanos de Madrid. Mensaje del General...* En ese momento, creyó oír ruido en el pasillo y tuvo que salir con precipitación. Estaba tan nerviosa que tropezó con una de las mesillas de noche y derribó una lámpara. Se agachó para recogerla. Mientras lo hacía, tuvo tiempo de ver que, debajo de la cama, había un fusil y varias cajas de munición, así como una bayoneta y otros objetos que no consiguió identificar. Logró ponerse en pie, antes de que él entrara en la habitación.

- Pero ¿aún estás vestida?
- Es que tengo algo de frío -balbuceó ella.

El hombre dejó las copas y el champán sobre la mesilla y se acercó a Emilia. Se había quitado el traje y la camisa, y se había puesto un batín de seda. Éste le daba un aspecto algo ridículo.

- Ven, anda, déjame que te caliente -le susurró, al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros-. Pero si estás temblando, chiquilla. Ni que fuera la primera vez. Anda, acuéstate y desvístete dentro de la cama.

Él se sentó en el borde e hizo saltar el tapón. Emilia se sobresaltó.

- Tranquila, querida, es sólo champán.

Llenó las copas hasta el borde y le tendió una a ella, que tuvo que cogerla con las dos manos para no derramar su contenido.

- Toma -le dijo-, para que te alegres un poco y entres en calor. Pero antes brindemos a nuestra salud y por el final de la guerra. ¡Chinchín!

Ella tan sólo mojó los labios. No le gustaba el sabor, y le molestaba el cosquilleo de las burbujas en el paladar. Le parecía

indigno, además, beber champán en un momento en el que la mayoría de los madrileños apenas tenía para comer.

– ¿A que está bueno? –le decía él–. Pero bebe, no seas tonta. Sabe Dios cuándo volverás a probarlo. Venga, brindemos otra vez. ¡Chinchín! ¿Sabías que, en japonés, «chinchín» quiere decir pene? ¿No te parece gracioso?

A él, desde luego, se lo parecía. Se reía de una forma tan estrepitosa que hacía temblar toda la cama. Era una risa estúpida y obscena. Cuando bebía, el champán le caía por la comisura de los labios, y él se pasaba la lengua de un lado a otro para impedirlo. Emilia lo miraba sin poder evitarlo y a duras penas podía contener las arcadas. No obstante, volvió a probarlo. Cosas peores había hecho. Al fin y al cabo, estaba trabajando y no podía negarse a los caprichos de su cliente, por muy nauseabundos que estos fueran. Al tercer sorbo, comenzó a notar un cierto bienestar, como si todo su cuerpo se distendiera y la cabeza le flotara. Apuró la copa.

– Así me gusta. Buena chica.

Después de terminar la suya, el hombre se le echó encima sin miramientos y la penetró.

– Avísame cuando te vayas a correr –le dijo Emilia con una voz que no parecía la suya.

El aviso era innecesario, pues conocía de sobra a sus clientes y sabía distinguir muy bien ese instante que precede al abandono, cuando los músculos se tensan hasta el máximo y ya no existe nada, salvo el placer. De todas formas, quería estar segura. Él la aferraba con fuerza y la embestía con fiereza, como si quisiera atravesarla, con movimientos toscos y premiosos. Emilia no sabía si sería capaz de soportar su peso durante mucho tiempo, su aliento fétido, su sudor rancio. Para evadirse, intentaba pensar en otra cosa: contaba mentalmente las líneas y dibujos del empapelado o repasaba la tabla del ocho, la del nueve, los ríos de España, los

reyes godos, la lista de nombres que su hermano llevaba siempre consigo...

– Ahora, ahora –gritó él, por fin, entre jadeos.

Emilia cerró los ojos y le clavó la bayoneta en un costado, una y otra vez. Con rabia, con ensañamiento, con desesperación, como si su mano hubiera sido movida por otra mano más poderosa que la suya, y por otra mente más firme, vengativa y justiciera. Pero no se arrepintió. Lo más difícil fue quitárselo de encima.

Cuando llegó a casa, su hermano estaba ya dormido. Entró de nuevo en la habitación para coger los papeles que éste guardaba en su zamarra de cuero. Con un lápiz de ojos, tachó el nombre que estaba rodeado por un círculo. Al lado, escribió una dirección ©